

Una actitud ante la literatura y el arte

Alfredo Bryce Echenique

EL NOVELISTA PERUANO BRYCE ECHENIQUE REFLEXIONA EN ESTA SECCIÓN SOBRE EL OFICIO DE ESCRIBIR, EN PRIMERA PERSONA: SU PROPIO TALLER Y SU VÍNCULO CON EL MUNDO.

Como ante tantas otras preocupaciones de mi vida, creo haber adoptado una actitud dual ante la literatura y el arte. Y ello porque así ha sucedido también en mi vida. En efecto, a veces he sentido que la literatura es una fiesta en mi existencia, un gran placer, un goce intensamente alegre y hasta una necesidad fisiológica. Y sin embargo a veces he sentido con tristeza que escribimos para poner en nuestros libros aquello que no hemos logrado poner en nuestra vida. Pavese dice en su diario que la poesía nace de una carencia, de una privación, y lo prueba refiriéndose a un hecho muy cierto: la poesía griega sobre los héroes se escribe cuando los epígonos fueron expulsados de la patria que contenía la tumba de los héroes.

Detesto sin embargo aquella posición que afirma que el arte puede nacer de un refugio de la vida en sí, o de una derrota sufrida en manos de la vida. Tales concepciones merecen mi desprecio a dos niveles. En primer lugar me opongo a aquella actitud que pretende utilizar la vida únicamente en función del arte, es decir, a servirse de la experiencia y del vivir entre la gente únicamente para nuestra creación. Para mí, el artista que hace esto es un monstruo, una especie de monstruo viviente. Por otro lado, me opongo también a la concepción «del arte por el arte», y en este sentido mantengo una actitud crítica ante una frase muy reveladora del temperamento de Flaubert. Decía este autor extraordinario:

«Describirás el vino, el amor, a las mujeres y hasta a la gloria con la condición de que nunca seas un borracho, ni un amante, ni un esposo, ni un héroe», aunque tal vez haya algo de injusticia en esta crítica a la insistencia con que Flaubert se refirió siempre al distanciamiento como elemento necesario de la creación artística. Pero en fin, si nos encerramos en nuestro escritorio, dejamos inmediatamente de ocuparnos de la vida; nos estaremos ocupando únicamente de una imagen, de un fantasma de la vida. Ahora bien, si por un lado me niego a llegar a los extremos de Renan, cuando dijo que «había trabajado demasiado y no había vivido lo suficiente», por otro me niego a caer en los extremos de aquellos escritores que algún día se arrepienten de «haber vivido demasiado y no haber escrito lo suficiente». Mi ideal parece mucho más sencillo, aunque es cierto que en la práctica resulta mucho más difícil: se trata únicamente de vivir una vida intensa que me permita acumular un máximo de vivencias y de escritura.

Pero aquí surge un nuevo problema: el de una relación más general entre el arte y la vida. ¿Cuál es esta relación y cómo debe darse? Enfatizo el desorden y la falta de construcción y de estructura de la vida. La vida es como el cuarto de un niño antes de que su mamá lo arregle. Todo está en desorden y algunos juguetes rotos y el niño a veces llorando y a veces riendo sin que se sepa bien por qué. La vida es desordenada, inesperada, infinitamente sorpresiva; en pocas palabras, la vida es un desconcertante cóctel de oposiciones. Frente a ella, el arte tiende al orden y es casi siempre todo orden, toda organización de materiales de trabajo. Esto da lugar a dos resultados muy diferentes. Cuantitativamente, es imposible que el arte logre dar cuenta detallada de la vida, o sea que sólo logra darnos cuenta de algo que es menos que la vida misma. Sin embargo, cualitativamente, debido a la elección, decantación y concentración que requiere, el arte logra reproducir una especie de fibra interior, de fibra íntima de la experiencia humana. El arte puede, en cierta medida, refinar la espesura del desorden de la vida. Creo, pues, que el arte es como una quintaesencia de la vida, que decanta todo lo que en ella hay de sorpresivo, casi me atrevería a decir de desperdicio, para presentarla en forma purificada.

Pero tampoco esto resulta una solución al problema de la incapacidad del arte para abarcar enteramente la plenitud de la experiencia humana, su descomunal inmensidad. Surge aquí en los escritores la necesidad de utilizar diversas técnicas literarias, pues sólo esas técnicas les permiten dar la impresión de que está reproduciendo genuinamente la experiencia infinitamente renovable de una vida. Y en este sentido, en el sentido de que el artista recurre cada día más a más técnicas novedosas, pienso que sólo a través de una serie de «trampas y estafas» logra darnos la impresión de haber disecado la vida toda en un libro.

Creo que en esta visión de las cosas y el conflicto inherente que existe entre el arte y la vida, hay algo original, aunque peligroso, en mi posición. Y en particular en mi posición acerca del escritor entre las muchas vocaciones artísticas. Tal vez esto coloree en algo mi obra, pero lo cierto es que a veces me ha llevado a malentendidos con los críticos. Ello se debe a que los críticos, y a mí mismo cuando hablo con espíritu crítico sobre otras obras literarias, nos interesa encontrar una estructura clara, un orden vital, ninguna digresión; en pocas palabras, ningún desorden vital y, en menos palabras, la menor cantidad de vida posible. Y por ello me atrevo a decir ahora que creo que, debido a estos elementos de elección, reducción, orden y estructura, el arte es en cierto sentido una actividad contra natura y, lo que es más, una actividad monstruosa. El escritor resulta para mí un amante del artificio y un monstruo, al mismo tiempo. El escritor es esencialmente un monstruo sofisticado. Es también una especie de vampiro que viola y chupa la sangre de los seres que va encontrando en su camino, puesto que todo lo que ha observado lo utilizará tarde o temprano en sus libros. El escritor fiel a su vocación llega a ser de esta manera un inmoral. Y cuanto más sofisticado, cuanto más fiel a su profesión más inmoral todavía.

Al igual que Flaubert, se sentirá siempre atraído por el mal, por el sufrimiento, por las cosas despreciables y viles, y todo ello en la medida en que pueda resultarle útil para sus libros, es decir en la medida en que esas cosas contengan para él posibilidades estéticas aprovechables en sus libros, en la medida en que sean un material utilizable. Además, y esto es algo fundamental, el artista es inevi-

tablemente poseedor da una suerte de «don», de algo que en inglés (el término pertenece al campo de la psicología) se llama *empathy*. Esta cualidad (o defecto monstruoso, da lo mismo en este caso), consiste en atribuirle una emoción a la causa externa que la estimula, y puede resultar esencial para una exitosa labor de creación literaria, ya que empuja al escritor a identificarse con el ángel y con el demonio, con la víctima y con el verdugo, es decir con aquellos personajes de su obra que más admira y que más detesta. Con ello le dará vida a sus libros, con ello romperá con la pobreza de todo maniqueísmo, con ello enriquecerá la vida que late en sus obras.

¿Pero qué pasa con esta manera de ser, con esta facultad tan particular en el artista? Ocurre que facilita sus convicciones morales a fuerza de ser puesta en uso. En este sentido, ya no me cabe la menor duda de que la moral del escritor, en tanto que escritor, coincide pocas veces con la moral pública, o en todo caso con la moral del público. Balzac meditó y escribió mucho sobre este tema, sobre la facultad que encuentra todo escritor para lograr un equilibrio entre las exigencias morales de su talento y aquellas de su carácter en tanto que hombre común y corriente.

Por ello, en cierta medida, el escritor es un solitario inevitablemente mezclado a la vida, pero que tiende siempre a situarse al margen de ella. Vive entre los hombres pero con una actitud sesgada, oblicua, una actitud que lo predispone siempre a salirse de lo inmediato, a huir de ello, para tender hacia lo intemporal. Y en la medida en que la palabra clásico quiero decir algo, creo que todos los grandes artistas presentan un elemento clásico en sus obras.

Dicho esto, creo que nadie se sorprenderá de que ahora, además de solitario, afirme que el escritor es también, y básicamente, un egoísta. No recuerdo cuál fue el escritor que se me asincero una tarde y me dijo que si no hubiera sido el más grande de los egoístas jamás hubiese escrito sus libros. En fin, sí recuerdo quién era ese escritor, pero no es este el momento para andar traicionando las asinceras de la gente solitaria y sus confesiones en los gardelianos cafés donde van los hombres que tienen perdida la fe. Me decía aquel tierno y solitario vampiro que el escritor no puede permitirse el lujo del altruismo y que por ningún motivo del mundo podía verse envuelto en emociones, ni siquiera en amores, es decir en las emociones y los amores que pretendía utilizar luego